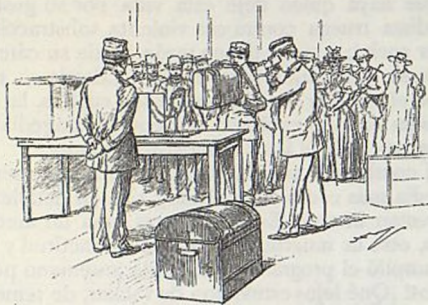


"Fig. 1.— Dispositivo del aparato para la aplicación de los rayos X a los registros aduaneros."



"Fig. 2.— Funcionamiento del aparato para la aplicación de los rayos X a los registros aduaneros."

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUBILEO

Mezclados con las solemnidades y fiestas mundanas, ocupan lugar en nuestra vida contemporánea *española* ciertos festejos tradicionales, que lejos de perder su interés y su encanto con el transcurso del tiempo, se diría que adquieren en estos últimos años del siglo, de tan compleja estructura íntima, nuevo realce. No pretendo probar que el Jubileo del Apostol Santiago, el venerable *Año Santo*, sea hoy externamente lo que fué en la Edad media; pero sí que, gracias a la facilidad de las comunicaciones y al renacimiento de la tradición, atrae a cada paso mayor concurrencia. Este año afluyen a Santiago viajeros numerosos de toda España, y si la ciudad compostelana tuviese disponibles más alojamientos, más forasteros acudirían.

Santiago merece la visita. Prescindamos de la belleza del país gallego, de su amenidad y frescura, de sus incomparables condiciones y sus gracias idílicas; supongamos a Compostela enclavada en las llanuras más áridas y desoladas del mundo, ó empinada sobre las montañas más inaccesibles, y todavía reuniría mérito suficiente para recompensar con usura las molestias y dispendios del viaje. En nuestra patria, donde cada pueblo viejo es un relicario y un museo cada parroquia; donde el arte ha corrido como río caudaloso, bañando paisajes diversos y pintorescos; donde se encuentran más bellezas en una provincia sola que suelen encontrarse en naciones enteras — Santiago sobresale, no sólo por los recuerdos, sino por el valor intrínseco de los monumentos. — Voy a indicar, sencilla y claramente, como se debe hablar cuando no se tienen pretensiones doctorales, en qué fundo esta afirmación.

En el culto que hoy rendimos a las antigüedades, entran dos elementos diversísimos que importa distinguir, porque casi todo el mundo los confunde. Una cosa es el interés *histórico* y *arqueológico*, otra el *estético*. Visitamos la casa de un anticuario, verbigracia, y vemos, confundidos en gracioso revoltijo, mil cachivaches heterogéneos que nos embelesan por su misma extraña disparidad. Un ahumado retrato de golilla desaparece bajo un retazo de raído tisú; un rudo cerrojo gótico reposa cerca de un abaniquito Luis XV, afiligranado y galante; hebillas de pedrería falsa oprimen un iluminado misal del XIII; y un cuadrángano de devoción, enorme y de mala mano, se oculta a medias detrás de un sofá barroco de dorado copete. En estos trastos, en todos, hasta en el más desvencijado y apolillado, hay algo que halaga la vista, que nos entretiene, que nos enseña a conocer épocas pasadas y estados sociales que ya desaparecieron; así fácilmente tomamos por emoción artística ese movimiento de complacencia, esa satisfacción de la curiosidad, ese *divertimiento* del ánimo. Pero, de pronto, entre las baratijas y los trastos, sorprende nuestra mirada un objeto distinto de los demás, que reina como el sol entre los planetas menores: un objeto que fija la atención de otra manera, por otro concepto: un cuadro en que se reconoce la factura del maestro, una talla de mano de célebre escultor, un tapiz de prodigiosa finura, un mueble raro auténtico, rico de incrustaciones, impecable de forma; una bandeja de plata de gran estilo; y al punto aquella espe-

cie de juego de la fantasía provocado por las baratijas, se convierte en emoción más elevada, más intensa, más próxima al ideal: es la emoción estética pura, nacida de la contemplación de lo bello. Hay en la belleza una categoría superior, y lo que forma parte de esta categoría tiene que reunir, al sentimiento y a la concepción del artista, la *perfección en el desempeño*, sin la cual no se concibe hermosura artística digna de este nombre. — Ahora bien; en Santiago de Compostela existe uno de estos tipos de belleza completa; lo que es el Partenón a la arquitectura pagana, es a la arquitectura y escultura cristiana el pórtico de la Gloria en la catedral de Santiago. Este pórtico puede clasificarse, sin duda, por su estilo, que es románico (hay quien dice bizantino); pero se sale de los estrechos límites de la clasificación y pertenece al corto número de obras capitales que arrancan de una inspiración directa de la naturaleza y la verdad. El románico, estilo algo achaparrado y que muchos autores caracterizan por la misma tosquedad y rudeza de su forma y ornamentación, estilo que se combina bien con lo *frusto* de la piedra granítica, sin duda ha marcado su sello en el pórtico de la Gloria, porque la obra más genial tiene que sujetarse al ambiente y a la época en que se produce; pero allí se han vencido y como desdeñado las incorrecciones y convencionalismos del románico, y se ha conseguido la plena realidad en el modelado de los cuerpos, en la expresión de las cabezas y en el plegado de los paños; se ha hecho todo lo que haría un escultor helénico, y además se ha ostentado cuanta nobleza, distinción y afinamiento luce la escuela de pintura llamada *primitiva*, con la elegancia y sentimentalismo de ciertos relieves de Donatello; modo de ser que delata gran cultura y delicadísima idealidad. El arte del pórtico de la Gloria sienta los pies en el suelo y con la cabeza toca al Empíreo. Los que trabajaron en ese pórtico, bajo la dirección del maestro Mateo, sin duda alguna imitaban fielmente el natural; y sin embargo allí hay *más* que el natural; el natural solo no produciría sino una serie de estudios magistrales; nunca la armonía del conjunto ni el simbolismo que obliga a recordar, cuando se mira este pórtico único y sin rival, el poema de Dante, la *Divina Comedia*.

No se me atribuya que digo que en Santiago no hay que ver sino el pórtico de la Gloria. Monumentos tiene Santiago á docenas, y una plaza del Hospital que por la grandeza de sus ámbitos y la suntuosidad de los cuatro edificios que forman su cuadrilátero puede ser envidia de la misma Roma. Sólo quiero hacer comprender que la Gloria es una cosa aparte, excepcional. El arquitecto, el maestro Mateo, se representó a sí propio en una estatua orante de doncel, con linda cabellera rizada en bucles, postrado delante del altar, como si en vez de premio á su inspiración sólo demandase perdón de sus culpas. La gente sencilla, las aldeanas, tienen por costumbre inveterada llevar á los recién nacidos á darles un coscorrón contra la cabeza de la estatua, á fin de que se les comunique aquel talentazo, aquel chirumen donde cupo la maravilla del pórtico, el universo entero del espíritu, con el Paraíso, el Purgatorio y el Infierno, las jerarquías celestiales, los apóstoles, los evangelistas, los profetas, los Anuarios, los ángeles, los arcángeles, los pecados, los vicios, Adán y Eva, y en que las orquestas de los bienaventurados parecen contestar á las lamentaciones de los réprobos. El homenaje ingenuo de las aldeanas al maestro Mateo recuerda el respeto supersticioso con que el pueblo florentino miraba á Dante, cuando creía que la palidez de su cara era un rastro de su bajada al Infierno, un signo de la comunicación con el otro mundo. Sólo que las pobres aldeanas santiaguesas no se contentaron con atribuir virtud de abrir las inteligencias al contacto de la testa de piedra del arquitecto de la Gloria: le canonizaron, llamándole *Santo dos croques* (santo de los testarazos ó de los chichones.) Esta misma candorosa forma de la admiración á la inteligencia he visto en Orense cuando se inauguró la estatua del Padre Maestro Feijóo: las mujeres se arrodillaban y le rezaban devotamente un Padre Nuestro.

Del tropel de forasteros que rebosa por las calles de Santiago en estos días, sólo una mínima parte habrá acudido al cebo de la arqueología y del arte. El resto va por ver gente, por divertirse, por decir que sabe lo que es un Año Santo en Compostela. Del programa de los festejos forman parte integrante las funciones de carácter más ó menos religioso, en la magnífica Basílica y fuera de ella: la novena al Apóstol, la exposición en los claustros de la colección de tapices antiguos, la solemne velada en el Ateneo León XIII, bajo la presidencia de tan conspicuo personaje y docto escritor como el padre Cámara; la función del Círculo Católico en la iglesia de San Agustín; el reparto de bonos á los pobres en Santo

Domingo; las suntuosas Vísperas de la Catedral, con asistencia de quince ó diez y seis obispos y el cardenal al frente, y el día 25, la solemnísimas función en que oficia de Pontifical el arzobispo y vuela por los aires, «de nave á nave», el rey de los incensarios, el enorme *Botafumeiro*; no faltando la procesión mitada, el motete á toda orquesta, y al Ofertorio la ofrenda nacional presentada por el gobernador de la provincia, que pronuncia ó lee en voz alta un discurso dirigido al Apóstol, implorando para España todo género de bienes, auxilios y especialísimas gracias, y durante el cual, los que tenemos alguna imaginación, nos figuramos ver (figuración pura, naturalmente), que la santa efigie, abrumada bajo el peso de su esclavina de plata, va poco á poco volviéndose, y acaba por presentarnos, en vez del plácido y grave semblante, el dorso de metal... Y ello será aprensión; pero habrá quien niegue que los españoles tenemos el *santo de espaldas*?

Para mayor dolor, toda la octava de esa función ostentosa luce expuesto en la nave del coro el insignificante gallardete de Lepanto, el que ondeaba en la capitanía de Don Juan de Austria, el que simboliza nuestra victoria contra los eternos enemigos de nuestro poder naval y del nombre cristiano. Tristeza profunda causa el contemplar esa enseña gloriosísima.

Aparte de los festejos religiosos, abundan los callejeros. Dianas, cucañas, retretas con faroles, exposiciones de ganados, verbenas, iluminaciones, gigantes, enanos, gaitas, *cicalgatas* (¡qué vocablo, valganos Dios!), y la noche de los fuegos artificiales, el gran regocijo popular por excelencia, el que pertenece á los sencillos de corazón y á los devotos espontáneos, á la gente de las aldeas comarcanas, que acude como acudiría en el siglo XII; que duerme en la calle, bajo un pórtico, como entonces se dormía, aprovechando la tibia noche veraniega; que se empuja y se codea y bulle en la vasta plaza del Hospital, con la cabeza levantada, abierta la boca y exhalando á cada árbol de lucería y á cada rueda de colgares un *¡aaah!* encantador por lo ingenuo, un grito infantil, contemporáneo de la Catedral Vieja y la inauguración del pórtico de la Gloria.

Hay también mucha concurrencia de *snoobs* venidos de distintos puntos de la península, con el fin siniestro de robar corazones en el teatro, en el paseo de la Alameda y en el baile del casino. Son esos tipos tan donosamente borroneados por Cilla, Meca-chis y Pons, tan gráficamente descritos por Luis Taboada; los del blanco botín y el tieso cuello de *pajaritas*; los de la flor en el ojal y la esencia en el pañuelo de ancho listón... Hay que verles cuando salen de su casa de huéspedes, cuando invaden los cafés, cuando hacen molinetes con el junquillo al paso de una beldad indígena ó forastera; hay que verles... por más que no ofrecen novedad alguna; en su género son tan invariables como las esculturas de la Gloria.

EMILIA PARDO BAZÁN



"Fig. 3.— la aplicación de los rayos X a los registros aduaneros."

Las tres ilustraciones proceden de 1897, n.º 811, p. 458.